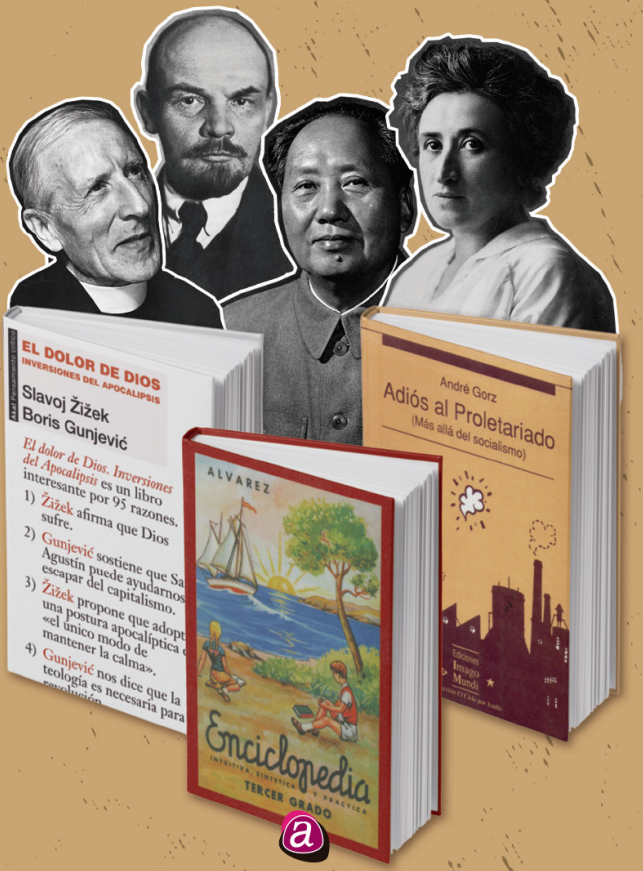
JOSU PEREA LETONA

Geminiani

He visto a Dios y a Lenin llorando juntos



GEMINIANI

He visto a Dios y a Lenin llorando juntos

Josu Perea Letona



Ediciones Albores

GEMINIANI
1ª Edición: Sevilla a 30 de Octubre de 2022
©Copyright de la obra: Josu Perea
©Copyright de la edición: Ediciones Albores
Email: info@edicionesalbores.com
ISBN: 978-84-19385-39-0
Depósito Legal: SE 2092-2022

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada. La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

ÍNDICE

PREFACIO *7*

PRIMERA PARTE
Una historia en blanco y negro
Capítulo 1 *El contexto* *15*
Capítulo 2 *De la infancia hacia la adolescencia* *22*
Capítulo 3 *Juventud y nuevos espacios culturales* *40*
Capítulo 4 *La universidad* 66
Capítulo 5 *La muerte de mi padre* *92*

SEGUNDA PARTE
Fervor revolucionario
Capítulo 6 *Cambios drásticos* *109*
Capítulo 7 *La lucha antifranquista* *120*
Capítulo 8 *Tiempos convulsos* *131*
Capítulo 9 *Una pausa en mi trayectoria* *136*
Capítulo 10 *El servicio militar* *142*
Capítulo 11 *Nueva vida, nuevos retos* *162*
Capítulo 12 *Barcelona* *171*
Capítulo 13 *Camino de la emancipación* 188

TERCEREA PARTE
Entre la utopía y la distopía
Capítulo 14 *Un paso más* *195*
Capítulo 15 *Catecismo revolucionario* *206*
Capítulo 16 *Una transición personal y política* *214*
Capítulo 17 *La fábrica* *227*
Capítulo 18 *Teoría y práctica* *234*
Capítulo 19 *Algunas quiebras personales e ideológicas* *243*
Capítulo 20 *Adiós a los sueños* *250*

PREFACIO

Marco Tulio Cicerón (103 A.C.) en su obra *De Senectudes*, ponía una reflexión en boca del personaje Catón el Viejo, quien refiriéndose a la vejez decía que las armas más aptas para afrontarla son el ejercicio de las artes y la práctica de las virtudes que se han cultivado a lo largo de la vida y que con la edad dan maravillosos frutos. De esta forma, animado y estimulado por la lectura del sabio Cicerón, y a una edad considerable, he tomado la iniciativa de ponerme a escribir un libro, un relato, sin tener apenas experiencia literaria, sabiendo que es un riesgo, pero a la vez un reto tremendamente ilusionante.

Me ha costado mucho decidirme a escribir, sobre todo, porque salvo que sea un insensato, que no creo serlo, siempre te cuestionas tu capacidad para transmitir todo aquello que nos barrunta en la cabeza con una claridad diáfana, pero que cuesta mucho plasmar, ordenar, darle sentido en un texto escrito. De alguna manera, además, el pudor, frente a la percepción de la propia experiencia, está ahí. No obstante, estos días de confinamiento y de introspección me han dado el empujón necesario.

Las personas somos seres ansiosos de historias que nos permitan recrear realidades e introducirnos en ellas, en ocasiones como protagonistas y otras veces como meros espectadores, pero siempre atraídos por esas narrativas que involucran al lector. Así, de esta forma, aprovechando este espacio de recogimiento, arranco en medio de muchas incertidumbres con uno de los proyectos más ambiciosos de mi dilatada y larga vida de escasa experiencia literaria. Hasta ahora solo había realizado algunas incursiones en el ámbito del análisis político, desde las columnas de opinión, en prensa y en revistas de análisis social, además de un par de libros, que no fueron de ficción, en los que participé como

autor y como coeditor. Seguramente, poco bagaje para este reto.

El protagonista de esta narración es un varón nacido en Euskal Herria al final de la década de los cuarenta, que creció en un lugar entonces convulso y hasta contradictorio y que compartió experiencias con toda su generación. Sus impulsos, sus dudas, sus compromisos y decisiones fueron de alguna manera similares a las de muchos de sus coetáneos.

Cada episodio que aquí se relata forma parte de la evolución que el personaje ha tenido a lo largo de los 35 años de su vida, de los que se ocupa este libro. Es una lucha permanente y crítica hacia esos procesos de culturización y asimilación de valores que en cada momento histórico nos van marcando los comportamientos sociales, ante los que Geminiani se revela, en ocasiones consigo mismo. Su temperamento, un tanto inquieto, y a veces (muchas veces) precipitado, ha hecho que en ocasiones haya tomado decisiones bastante radicales. Nunca se he conformado con casi nada y siempre ha tenido la necesidad de explorar, soñar, y hasta donde ha podido, materializar esos sueños.

Este libro no es un diario, ni una autobiografía, ni siquiera un libro de memorias. Pretende ser una recopilación de las vicisitudes y de la trayectoria vital de alguien que creció en los años de la posguerra en un espacio, en una ciudad, que despertaba tras años de dictadura. Son experiencias, algunas reales y otras imaginarias, que se mueven entre la utopía y la distopía, pero todas han podido formar parte, no solo de la vida de Geminiani, el protagonista, sino seguramente de buena parte de los lectores y de las lectoras de su generación

Aunque el libro refleja muchos de los pasajes históricos en los que se desarrolla la vida del protagonista, no pretende otra cosa que situar éstos en el contexto por el que transita la historia y la evolución del personaje, una vida atravesada por los miedos, las dudas, las quiebras ideológicas, la vida personal, laboral, familiar y social. Una trayectoria

impregnada de valores - fuerza, muchos de ellos asumidos de su educación religiosa, y, que, como él mismo reconoce, han formado parte de su armazón ideológico. Quizá, Geminiani, formaba parte, o era parte, de esa conciencia humana de la que habla Slavoj Žižek en su ensayo *El dolor de Dios* que señala cómo "antaño fingíamos creer en público, pero en privado éramos escépticos o incluso hacíamos burlas obscenas de nuestra fe pública, y, hoy en cambio, nos acosan las creencias y las más severas prohibiciones".

En esta introducción, pongo por delante que las vivencias narradas en el libro están totalmente influenciadas e impregnadas por la ideología de Geminiani, nombre "en clave" del protagonista, nombre que adoptó durante su vida militante, que en algunos casos llegó a ser un tanto "talibancita" por mor del compromiso que fue asumiendo a lo largo de su dilatada historia. Geminiani comprobó que las luchas en las fábricas y en las calles, a las que había consagrado gran parte de su vida militante con tanta generosidad, dieron un vuelco cuando se dio paso a la política parlamentaria e institucional que transformó la situación radicalmente. La reforma política le dio la oportunidad de empezar a descubrir una sociedad bajo una luz que dejaba poco margen para las idealizaciones anteriores y acotaron el margen de maniobra de una izquierda entusiasta que había desempeñado un papel relevante en las luchas contra la dictadura franquista. Es por eso que sea ahí, a mediados de la década de los años ochenta, dónde se pone fin a este relato. No es pues un corte arbitrario, sino que tiene que ver con un acontecimiento que de alguna manera hizo repensar militancias y objetivos vitales.

No obstante, la vida de Geminiani es bastante más que la del militante antifranquista. A lo largo de los veinte capítulos de los que se compone el libro, el protagonista de esta historia se muestra desnudo ante nuestros ojos narrando su infancia y adolescencia en un entorno social, familiar y religioso que fue marcando el itinerario por el que transitaría su vida.

La escuela, el colegio, la universidad, el despertar junto a sus primeros amores, el profundo arraigo familiar y ese madurar con experiencias comunes a muchos de los que compartieron esos años difíciles de la primera posguerra en Euskal Herria, en medio de una dictadura férrea que dificultaba mirar otros espacios y otras vidas, Todo forma parte de este relato, en el que se ponen de manifiesto sus debilidades y sus miedos. También, las profundas contradicciones ideológicas y morales con las que afronta su vida personal y social, a través de una narrativa en la que se mezclan vivencias y ficción, escudriñando experiencia personales en las claves de las culturas políticas de la izquierda en su batalla durante esos años para transformar el mundo. El paso del tiempo le hizo ver a Geminiani que el artefacto ideológico que guiaba su lucha transformadora, era demasiado ambicioso y al igual que muchos otros jóvenes militantes de su generación, no era del todo consciente, o no tenía el conocimiento suficiente, sobre las ideas y aspiraciones que atravesaban realmente la sociedad. Seguramente serán muchos los lectores y lectoras que se identifiquen y que coincidan con él en su forma de afrontar la vida en ese tiempo y ámbito.

En ese sentido, al partir de experiencias subjetivas, pero creo que muchas veces compartidas, este ejercicio introspectivo salta desde lo particular a lo social. Ilumina, quizá, espacios en donde las ciencias sociales no pueden penetrar. Como otros textos de la llamada "escritura del yo" pueden tener una doble lectura, una, centrada en la reflexión subjetiva, y otra, que atraviesa las fronteras personales y ensalza los aspectos compartidos, posibilitando una lectura por lo tanto más social. La generación del activismo radical a la que pertenecía el personaje, era una generación preñada de fuerza, de honestidad y de responsabilidad social, que luchó por la libertad, contra el fascismo, a favor de un feminismo pujante y por la justicia social, a los que las exigencias de su conciencia les empujó hacia un generoso compromiso.

Todo esto es parte de un batiburrillo de ideas que me rondan y me alientan a arrancar con este libro para narrar muchas de las cosas que vivimos y que sobre todo "sentimos" en este mar proceloso de la vida. Lo hago, además, siendo consciente de que atravesamos un momento crucial para el rearme social en medio de la pandemia del coronavirus en el mundo, que nos ha dejado claro que las cosas no pueden continuar como estaban. A estas alturas ya nadie ignora que la pandemia no es sólo una crisis sanitaria, es lo que las ciencias sociales califican de «hecho social total», en el sentido de que altera el conjunto de las relaciones sociales. Nos ha recordado, también, que el ser humano es finito, y que no podemos seguir viviendo en un mundo tan injusto, tan desigual y tan ecocida. Como dice uno de los memes que más han circulado a lo largo de esta crisis: «No queremos volver a la normalidad, porque la normalidad es el problema». La «normalidad» nos trajo la pandemia... y nos aboca al colapso total.

Es evidente que el presente trabajo está hecho en clave masculina y pone al descubierto la clara desventaja de las mujeres en los ámbitos de la vida social, sobre todo, en los primeros veinte años de la historia que aquí se representa, pero también se plasma en el libro, el proceso de cambio vivido y protagonizado por las mujeres en los últimos años de esta historia, que ha estado acompañado, y seguramente no habría sido posible sin él, por un feminismo pujante, que, como manifestación colectiva, ha ido acotando las grandísimas realidades de discriminación social y política que han acompañado a las mujeres a lo largo de la historia. Esta historia refleja, aunque no está escrita para constatar ese hecho, muchos de los espacios de restricción de la mujer en la práctica totalidad de la vida social.

Arranco, por lo tanto, con esta "ópera prima", con mucha ilusión, animado por amigos y familiares que me han ayudado a dar este paso, que han confiado en mis capacidades

para introducir a los lectores en la vida de Miguel (Mikel) Geminiani, sabiendo que unos se identificarán con él, y otros, por el contrario, renegarán de este personaje un tanto alocado, que afronta la vida con mucha determinación. No es un héroe al uso, es un personaje de carne y hueso, lleno de debilidades, impregnado de compromiso social y también de ternura y de humanidad. Espero que sirva de entretenimiento a los lectores y ayude a reflexionar, si es que les interesa, sobre la vida.

PRIMERA PARTE

(Una historia en blanco y negro)

CAPÍTULO 1

EL CONTEXTO

Seguramente sería otoño, finalizado el verano. Habíamos entrado en ese tiempo crepuscular del período estival que a mí tanto me gustaba, porque era mi época preferida para soñar y soñar. Apenas tenía nueve años y ya me imaginaba, me adentraba en un mundo de ficción, siempre actuando de héroe. No importaba el escenario. Lo mismo me trasladaba hasta la entonces Indochina, rememorando las lecturas que hacía mi padre casi todas las tardes que su trabajo le permitía, de aquellas historias de misioneros que formaban parte de una colección que él guardaba como un tesoro, y que allí, en un recoveco de la cocina, nos leía a los cinco hermanos: Luis, Iñaki, Miguel (era yo), Ana y Lourdes, mis hermanas más pequeñas, en sesiones de lectura y recogimiento a las que asistíamos arrobados en éxtasis. Recuerdo con mucho cariño aquella colección que se denominaba *Desde lejanas tierras* que estuvo rodando por la casa aguantando ajustes bibliotecarios y algunas reformas.

Toda esta liturgia formaba parte de los ritos que mis padres Guillermo Sarralde y Ana Sistiaga nos iban inculcando a todos los hermanos. Ellos pertenecían a aquellas familias constituidas en los primeros años de la posguerra. Mi padre, 13 años mayor que mi madre, había estudiado en un seminario porque quería ser sacerdote. Allí realizó estudios de filosofía y teología. La sublevación militar de 1936 truncó su vocación sacerdotal al estallar la contienda. Tenía hechos los votos perpetuos y tuvo que pedir una dispensa papal para incorporarse a la vida civil. Nos contaba que participó muy poco en la guerra y que lo hizo como enfermero - practicante en el bando franquista, como consecuencia de su ubicación personal del momento. Mi madre era una ama de casa que

había estado sirviendo (como tantas mujeres de la época) en casa de unos parientes ricos. Después, trabajó con "Don Emilio", un afamado médico de corazón y pulmón, en cuya casa-consulta hizo las funciones de enfermera y criada. El caso es que allí la tenían en muy buena consideración, tanto, que nos siguió llevando a donde "Don Emilio" hasta que éste se jubiló, para revisiones y consultas coyunturales o generales. Terminó mi madre siendo la enfermera del barrio, poniendo inyecciones a demanda de la vecindad, siempre de forma altruista.

Mi padre, como he comentado, había participado en la guerra en el lado franquista, pero no tenía ninguna afinidad ideológica con ellos, ni tampoco animadversión hacia la izquierda. En el fondo era un cura secularizado, impregnado de una educación cristiana muy acusada, que siempre trató de inculcar a sus hijos. Aséptico en lo político y conservador en lo ideológico, centró toda su vida en la familia, el trabajo y en el temor de Dios. Fuera de esa trinidad no participaba de ninguna otra actividad, salvando la relación cordial y afectiva con la vecindad, con la que compartíamos fiestas y cumpleaños. Nunca le conocimos entrando en un bar o relacionándose más allá de lo aquí expuesto.

Mi madre, sin embargo, pertenecía a una familia de corte nacionalista. Su padre, mi abuelo Miguel, participó en la guerra y estuvo preso unos años hasta que fue liberado por obra y gracia de un pariente con "notables influencias" en el bando ganador. Mi madre también era una persona muy religiosa, de costumbres que en comandita con mi padre nos fueron transmitiendo, mientras pudieron. Ella nos contaba, en los últimos años de su vida cuando la visitábamos, una anécdota que le sucedió en uno de esos encuentros cristianos de convivencias en los que se intercambiaban vivencias, compartían experiencias apostólicas y planes de acción comunitarios. El cura que dirigía el encuentro les planteó en una de sus eucaristías, que reflexionaran, porque la falta de

compromiso de los padres en la educación cristiana de los hijos era la causante del alejamiento de la fe cristiana de éstos. Mi madre le contestó que tendrían que ser otras las causas de ese distanciamiento de los jóvenes en la fe, y como muestra irrefutable le puso el ejemplo familiar en el que ninguno de sus cinco hijos ejercían de militantes cristianos, ni siquiera de cristianos no practicantes, sino que, además, todos eran (éramos) agnósticos y ateos a pesar de la educación continua que nos habían inculcado a base de misa, comunión diaria, rosario y trisagio. Ella se había dado cuenta que otras razones de más calado estaban formando parte de una sociedad en constante transformación, algo de lo que el director del programa no era consciente.

Esa noche, estaba inquieto, tratando de digerir la experiencia que había tenido en clase con mi compañero de pupitre al que llamábamos Pi. Realmente se llamaba Serapio, nombre que por aquel entonces no me pareció tan raro. El caso es que el compañero Serapio, que tendría uno o dos años más que yo, sacó el pene por debajo de la mesa y me lo enseñó. Seguramente habría experimentado con esas primeras sensaciones sexuales, de las que yo estaba todavía muy lejos, y cargado de testosterona se masturbó en mi puta cara impregnando el pupitre de aquel pringoso y viscoso líquido. Yo estaba aturdido contemplando aquel pedazo de pene que tenía Pi y la secuencia de su "paja" que por cierto me dio bastante asco. El caso que no podía quitarme aquella escena tan asombrosa de mi cabeza y constantemente rememoraba el episodio sin entender absolutamente nada. Era esa parte de mi aprendizaje que hasta años más tarde no llegué a comprender lo que representaba. A mí, que era una esponja absorbiendo todo cuanto acontecía a mi alrededor, me descolocó bastante.

La familia compartíamos una casa de barrio de clase media baja, con tres habitaciones que repartíamos en función de sexo y jerarquías. Teníamos un comedor bastante grande

que comunicaba con la cocina. Había un pequeño pasillo que conectaba con todos los espacios de la casa, una cocina en la que milagrosamente cabíamos todos, y un cuarto de baño bastante equipado para la época pues disponía de una ducha grande, en la que nos acicalábamos de dos en dos o de tres en tres (según las necesidades), un wáter y un lavabo, además de agua caliente en toda la casa. En una de las habitaciones, de dos camas, mi hermano Iñaki y yo compartíamos una de ellas y el mayor, Luis, la otra. La habitación de las chicas, era también de dos camas individuales para cada una de mis hermanas Ana y Lourdes que disponían, además del armario, de un sifonier que los hermanos envidiábamos por considerarlo un lujo discriminatorio. La otra habitación, la más grande, era la de mis padres, en la que un armario enorme cubría la totalidad de la pared, con puertas herméticamente cerradas bajo llave, armario que debía esconder todo un universo de secretos y cosas que siempre estuve ávido por descubrir. Era un espacio tan salvaguardado que ni mis hermanos mayores sabían de aquellos secretos que escondía.

El tiempo había pasado muy rápido hasta entonces. Apenas tengo recuerdos de mi niñez. Otro acontecimiento que recuerdo como importante es cuando nos mudamos a esta nueva casa, después del nacimiento de mi hermana pequeña cuando yo apenas contaba cinco años, que coincidió con la muerte de mi amona (abuela) Josefa. Hacía escasos meses había nacido Lourdes, y nos trasladamos de vivir de la casa de mi abuelo materno Miguel, y de dos tías, con quienes compartíamos espacio en una casa pequeña en la que conforme mis padres aumentaron la prole, resultaba imposible convivir. Supongo, que no solo porque el espacio lo impedía, sino también, porque tampoco sería fácil interrelacionarnos en aquella diminuta casa. Muchas veces, pasado el tiempo, nos hemos preguntado cómo sería la distribución y el reparto en aquellas pequeñas cuatro habitaciones en donde convivíamos mis abuelos, mis tías, mis padres y sus cinco hijos. Las

dos pequeñas, seguramente en cunas, y ¿el resto? Cómo nos distribuíamos es una incógnita que ninguno de nosotros hemos resuelto nunca.

Nuestra nueva casa estaba en el barrio de Elorriaga, uno de esos barrios de reciente construcción, bien equipados de servicios, con jardines, y amplias calles, con aceras espaciosas, por donde transitábamos vecinos, escasos coches y alguna camioneta de reparto. En el centro neurálgico del barrio había una gran iglesia que abrazaba una enorme plaza con una espectacular fuente en medio y unos arcos alrededor que albergaban los comercios más importantes y más vanguardistas de la época, además de las cajas de ahorro. Los centros de salud estaban ubicados en pisos particulares y cubrían las necesidades más perentorias de una vecindad plagada de matrimonios jóvenes con una media de tres o cuatro hijos. No faltaba el cuartel de la policía municipal, con su importante contingente de guardia urbana encargada de mantener el orden, consistente en que no se jugara a la pelota, poco más, porque lo que se dice transgredir el orden social, cuestionando mínimamente el statu quo del momento, era una entelequia, aunque, no obstante, había habilitados unos calabozos para que la arquitectura social estuviera garantizada y completa.

La vecindad estaba compuesta, sobre todo, por gente afín al régimen, que habían adquirido las viviendas a través un sistema especial denominado "renta amortizable", es decir, que con las rentas estipuladas se accedía a la propiedad plena en un plazo de veinte años, creo recordar, y que no podían ser amortizadas anticipadamente. Era, por lo tanto, feudo de policías, militares y funcionarios, especialmente, salvando una parte de vecinos que accedimos a través de relaciones familiares con prebostes del régimen, que directa o indirectamente favorecían la adquisición de una vivienda a través de relaciones interpuestas, que no quiere decir otra cosa que se necesitaba tener un buen enchufe. A pesar de que el entorno

estaba rodeado de importantes empresas manufactureras, eran escasos los obreros que accedieron a esa populosa barriada.

Las escuelas estaban lógicamente integradas en el barrio, segregadas por sexos como correspondía a la época. Escuelas cuya oferta educativa consistía en un parvulario y tres grados que completaba lo que podríamos considerar la educación básica y obligatoria. A partir de ahí, eran los colegios de frailes y monjas, ubicados en la periferia de los barrios, o los institutos públicos, los que ofertaban una educación consistente en ampliar los grados básicos obligatorios hasta el quinto curso, y la oferta del bachillerato en su forma elemental hasta el cuarto curso, que era obligatorio refrendar con la reválida que se realizaba en el instituto y que otorgaba el título de bachillerato elemental.

Un barrio, por lo tanto, bien dotado urbanísticamente, propicio para la interacción social entre iguales, aunque siempre la diferenciación social asomaba por alguna parte por cuestiones, tan prosaicas como, por ejemplo, el rango militar de los progenitores, la ostentación económica (siempre escasa) que se manifestaba, o por la posesión de los juguetes más caros (la bici, pongamos por caso). También tenía su importancia cierta estética, bastante marcada por el pedigrí de los hijos e hijas de algunas familias de clases más altas venida a menos, que se expresaba en forma de indumentarias diferenciadas. Algunos, los chicos, incluso utilizaban unos pantalones bombachos (que yo veía ridículos) y la "pajarita" los domingos para asistir a la misa. Ellas, lucían unas faldas escocesas con las que marcaban las diferencias, con aquellas telas y pliegues imposibles, cerradas con un imperdible que yo siempre imaginé de oro. Tampoco podemos olvidarnos de aquellos a los que nosotros les otorgábamos cierto estatus por el hecho de tener una hermana muy guapa que encandilara a los machos alfa de las cuadrillas que se fueron formando por calles y manzanas.

Así, en este contexto lugareño, en este barrio entrañable, viví ese tránsito entre mi infancia y mi juventud plagado de anécdotas. Fue un periodo trascendente que fue forjando una etapa esencial de mi personalidad, de mi vida. Eran los últimos años de la década de los años 50 del siglo pasado y los primeros de los años 60 y apenas se percibían vestigios de cualquier apertura de aquel régimen totalitario y autárquico, cerrado en sí mismo, construido desde el genocidio más abyecto, que tenía a la población adulta, la de nuestros padres y abuelos, sumida en un miedo que no habían superado todavía transcurridos más de 20 años de la sublevación militar contra la Segunda República. Solamente cuando la ONU aceptó a España, acontecimiento que se refrendó con la visita del presidente norteamericano Eisenhower en el año 1959, la España franquista, ya firmados los pactos de Madrid de 1953, salió mínimamente del aislamiento internacional. Pero todo ello no era perceptible en la vida social del barrio, más allá de aquellas conexiones clandestinas a base de sintonizar con maestría todas las noches el dial de la radio por parte de los más avispados e interesados, para conectar con Radio París y Radio Pirenaica. Entre ellos estaba mi padre Guillermo.

CAPÍTULO 2

De la infancia hacia la adolescencia

Todavía recuerdo de forma entrañable a mi maestra de párvulos. Una maestra guapísima de la que me enamoré perdidamente y que yo pensaba que de alguna forma ella también estaba enamorada de mí. Notaba que me miraba y me mimaba muchísimo y estaba seguro (siempre desde mi imaginación desbordante) que yo tenía algún atractivo para ella. No se me quita de la cabeza cómo en una ocasión rifó entre los alumnos un estuche de plástico (última generación), de pinturas Alpino. Había que acertar el número que ella "teóricamente" apuntaba en su cuaderno y que nosotros en voz alta teníamos que ir cantando intentando acertar. Resulté el ganador de aquella rifa amañada para mí, (estaba seguro) que con mirada complaciente ella me entregó por ser el agraciado acertante. Y no solo ocurrió en esa ocasión, sino qué en otra rifa de menor valor, que en otra oportunidad efectuó la maestra, también fui el privilegiado acertante.

Ella, seguramente, no tendría más de 22 años y era preciosa. No puedo olvidar cuando nos trasladamos en autobús a algún evento importante, que no recuerdo, y yo iba con ella en la parte trasera, de pie. Detrás, en una motocicleta, seguía al autobús un joven a la que ella saludaba.

Mira - me dijo - Es mi novio.

Aquello me derrumbó, resultaba que tenía novio. No dormí bien durante más de una semana, abatido por aquel cruel desengaño. Años más tarde, ya de mayor, comentando con un amigo que también había estado en esa clase conmigo, me confesó que él también había estado enamorado de ella. Yo pensé que sí, pero que a él no le habían tocado aquellas rifas preparadas para mí, y por lo menos estaba el tercero en las preferencias de aquella encantadora maestra.

El primero era yo, el segundo su novio y a partir de ahí, a la cola.

En casa estaban sorprendidos por aquellos regalos extraordinarios que traía a casa desde la escuela, pero claro, no podía decirles que la maestra estaba enamorada de mí, y por ello me inventé una historia todavía más rocambolesca, que consistía en una fórmula que yo había intuido para acertar el número premiado. Contaba los números, les decía, en función de la cantidad de niños que estábamos en clase, le restaba el número de la posición que yo tenía, y le sumaba uno (el de la maestra). Vamos, que resolvía un algoritmo que dejaba a todos boquiabiertos. El secreto que teníamos la maestra y yo no lo podían descubrir y preferí hacerme el tonto.

Siendo muy pequeño, acabábamos de dejar atrás el parvulario, cuando surgió una iniciativa en el barrio, consistente en recaudar dinero por las casas para colaborar en una causa que se dirigía desde un programa de Radio Bilbao. El programa se llamaba de *corazón a corazón* y se emitía diariamente antes del rosario que se transmitía desde la Basílica de Nuestra Señora de Begoña. El día señalado, asistimos a la emisora de radio, acompañados por algunas catequistas organizadoras de la iniciativa, para entregar aquellas huchas de barro llenas perras gordas (diez céntimos de peseta). A la hora prevista nos mandaron pasar al estudio desde el cual se emitía el programa, un estudio muy grande lleno de micrófonos y sintonizadores de sonido. Estuvimos esperando, los cuatro niños que habíamos sido seleccionados para hablar por la radio, en una esquina viendo cómo transcurría el programa. Una de las monitoras explicó cómo habíamos trabajado los niños del barrio de Elorriaga para ayudar a las personas necesitadas a través del programa de *corazón a corazón.* Una vez terminada su intervención, el locutor nos fue llamando uno a uno, para contestar a sus preguntas e invitarnos a saludar a través de la radio.

¿Cómo te llamas? - le preguntó al primero – Me llamo Andresito – contestó

¿Quieres saludar a alguien? – le volvió a preguntar

Si, quiero saludar a mis papás, a mi hermana Rosa y a las chicas de la costura que me estarán oyendo – respondió de corrida Andresito

Muy bien Andresito, que pase el siguiente – sugirió el locutor.

Así fue llamando, uno por uno, a cada uno de nosotros, para que disfrutáramos de nuestro momento de gloria. Esperé al último, preparando mi intervención, no muy convencido. En principio todo el mundo saludaba a sus papás, algo que no me pegaba, dado que les llamaba aita y ama, además, aquello me parecía cursi. El caso es que me llamó y no tuve más remedio que afrontar la situación totalmente asustado.

A ver el rubio ese – dijo dirigiéndose a mi - ¿Cómo te llamas?

Me llamo Miguel - contesté

Muy bien Miguel, ¿Quieres saludar a alguien?

Si – dije tratando de no distraerme de lo que iba a decir – Saludo a mis papás y a mis mamás y a mis hermanos, Luis, Iñaki, Ana y Lourdes. – solté de carrerilla toda aquella retahíla que había estado memorizando.

Muy bien – dijo socarrón el locutor - ¿Cuántos papás tienes tu?

Pensé que me tragaba la tierra. Todos riéndose de los papás que tenía, y yo, pensé, la que me esperaba al llegar al barrio. Aquel programa era de máxima audiencia y había quedado a la altura del barro. Yo pensaba saludar a "mis padres" pero por no salirme del guion e imitar a mis compañeros hice el mayor ridículo que recuerdo.

Al año siguiente pasé al primer grado con un profesor que tenía una cojera muy rara. No era una de las cojeras clásicas de la época, como pudiera ser la enfermedad de la poliomielitis en cualquiera de sus diferentes afecciones, ni tampoco

parecía que le faltara la pierna o el pie. El caso es que cojeaba de forma rara, un tanto retumbante, erguido (en lo que le permitía su descacharrada anatomía), con la autoridad siempre en su cochambrosa cara, haciéndonos formar antes de entrar en clase y cantar el *Cara al sol*, *el Prietas la filas* o el *Por dios por la patria y el rey*, con izada de bandera incluida, según el día de la semana o el humor que traía de casa. Deduzco que era mutilado de guerra, de aquellos que el franquismo habilitaba para impartir clases teniendo en cuenta el déficit que existía de maestros, uno de los sectores más castigados por la dictadura, en la que cantidades ingentes fueron fusilados o tuvieron que exilarse. El caso que este personaje, sustituto, era un espécimen difícil de describir, y el largo año que pasé en aquella aula, resultó surrealista La escuela estaba muy lejos de ser un centro de formación y de experimentación, capaz de atender los comportamientos desubicados de los niños con los que había que hacer apología de la tolerancia.

Este maestro que se llamaba don Fulgencio, al igual que los maestros de la época, tenía como guía curricular las *Cartillas Álvarez*, que el sistema las definía como "intuitivas, eficaces y pedagógicamente perfectas". Donde más a fondo se empleaba don Fulgencio era con aquello que llamaban *Formación del espíritu nacional* para lo que aplicaba el principio de "la letra con sangre entra" con tremendo rigor, sujetando con su mano derecha aquella vara de avellano que en mayor o menor medida probamos todos. Su método pedagógico era muy del estilo de la época, para lo que sí era un auténtico especialista. Consistía en disertar torpemente sobre las ideas falangistas y la de sus personajes más emblemáticos, como era el caso de José Antonio Primo de Rivera y Onésimo Redondo, y dedicarse a hacer preguntas a los chavales, a los que premiaba, la mayoría de las veces con un arrumaco, una caricia repugnante o un cariñoso coscorrón por hacerle la pelota, y en algunos casos, con una torta en toda la cara o un fuerte golpe con aquel palo (en la mano o en las nalgas), si

te veía la cara un tanto displicente que yo le ponía casi siempre. Recuerdo que les dijo a mis padres que yo era muy rebelde y que le faltaba al respeto. Estuve un mes castigado en mi casa, sin salir, porque tenía que pedirle perdón al asqueroso personaje, además, la frase de "súplica" que me había construido mi padre era tremendamente humillante, porque tenía que decirle "don Fulgencio, me perdona lo del otro día". Estuve, como he dicho, un mes castigado. Todos los días me preguntaba mi padre ¿le has pedido perdón a don Fulgencio? y ante la negativa me caía alguna propina por su parte. Al final tuve que claudicar, y humillado, pedirle perdón con aquella jaculatoria infame que mil veces había ensayado y que me repateaba las tripas cuando la recitaba: ¿don Fulgencio, me perdona lo del otro día? mientras le veía su cara cínica de satisfacción y perversión.

El caso, que a partir de entonces cambió su actitud para conmigo. Además de la *Formación del espíritu nacional*, hacíamos prácticas en un pequeño taller de carpintería, que había en un reducido habitáculo de clase, donde nos enseñaba el manejo de algunas herramientas. Como había pasado a formar parte de los enchufados a raíz de aquel humillante día, me convertí en el estudiante perfecto, el alumno "cero", el autor de la gran obra artística que se realizó en el taller de carpintería, en una clase magistral en la que yo, bajo su supervisión, construí un pequeño banco de madera entre los aplausos del resto de los alumnos. Este banco de madera estuvo dando vueltas por mi casa, donde yo, al igual que el resto de la familia, exhibíamos como un trofeo. "Este banco lo hizo Miguel, con siete años", decía la leyenda.

Otra de las actividades que formaba parte del programa curricular de don Fulgencio era la clase de urbanidad. Nos reunía a todos los chavales en un corro (seríamos entre veinte y treinta alumnos) para explicarnos las bondades de la vida higiénica. La vida higiénica consiste, decía, "en el conjunto de preceptos que el individuo debe observar para la